



El Rincón de la Historia

LA GUERRA CIMBRIA

Enaitz Jar García de Andoaín.
Sargento. Ejército del Aire

LA MARCHA CIMBRIA

En el año 120 a.C. tuvo lugar en la península de Jutlandia un fenómeno natural, la llamada «inundación cimbria», que provocó que las aguas del Øresund fuesen ganando paulatinamente terreno mediante violentas tormentas de modo que, para el año 114 a.C., la línea costera se había alterado notablemente, lo que hacía muy difícil la vida de los lugareños.

Ante esta situación, los caudillos de las tribus germánicas de Jutlandia optaron por emprender una migración hacia el sur (un tanto desorganizada) en busca de nuevas tierras, la denominada «Marcha Cimbria», y desplazaron en su camino a otras tribus, generalmente de origen céltico, que ante el avance germánico se veían empujadas hacia la frontera de la entonces República romana.

Surgió entonces la figura de Boiorix, caudillo de los cimbrios cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. La etimología de su antropónimo significa «rey de los boyos», una tribu germánica asentada en la actual Austria, demarcación cruzada por la Marcha Cimbria en sus primeros momentos, por lo que los historiadores especulan que Boiorix pudo ser el jefe de un grupo de boyos que se unió a la Marcha Cimbria o bien un guerrero cimbrio que recibió tal apodo tras alguna olvidada victoria frente a los boyos. En cualquier caso, aproximadamente a partir del año 113 a.C., Boiorix, junto a Teutobod (caudillo de los teutones), colideraba una amalgama de tribus, pueblos y naciones germánicas y celtas, incluyendo a cimbrios, teutones, ambrones, tigurinos, helvecios y boyos, una marea humana conformada no solo por guerreros sino por la población completa de las diferentes tribus, cuyo número iba creciendo constantemente desde los apenas 30.000 cimbrios de origen a los más de 300.000 improvisados guerreros que tomaron parte por el

bando bárbaro en la batalla de Arausio, lo que puso en riesgo incluso a la propia Roma, algo que no sucedía desde la Segunda Guerra Púnica.

INICIO DE LA GUERRA CIMBRIA

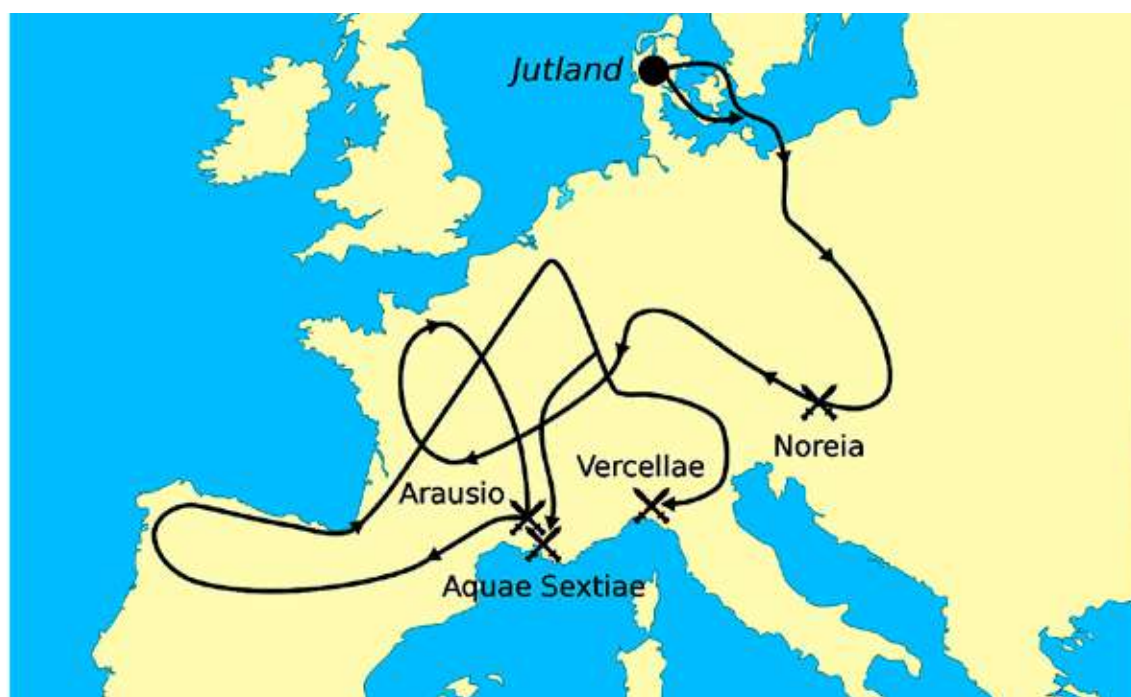
Tras unos comienzos llenos de incertidumbre en los que las luchas por el poder entre los caudillos de los diferentes grupos estaban a la orden del día y minaban su potencial, la llegada al poder de Boiorix y su oportuno entendimiento con Teutobod forjó una alianza entre los dos pueblos más poderosos, que pudieron someter al resto de tribus que conformaban la Marcha Cimbria y actuar a partir de entonces ordenadamente, justo lo contrario de lo que sus enemigos romanos esperaban de ellos.

Prueba de esta infravaloración fue la batalla de Noreia (112 a.C.), en la que tras pretender asentarse en tierras de tauriscios y noricanos (aliados de Roma), estos solicitaron apoyo militar a la urbe, que envió un ejército inferior en efectivos pero muy superior en preparación y equipamiento, por lo que tras ser invitados los invasores a retirarse estos juiciosamente se avinieron a ello.

Sin embargo, los romanos, bajo el mando del cónsul Cneo Papirio Carbón, envalentonados por

esta victoria sin lucha y con su jefe buscando alcanzar la gloria mediante el exterminio de lo que debió de parecerle un grupo de parias, pretendieron tenderles una trampa destacando un pequeño contingente que debía servir como guía a los invasores en retirada hacia sus lugares de partida, pero que en realidad buscaba conducirles hacia una emboscada que acabase con ellos.

Boiorix y Teutobod descubrieron el plan gracias a una traición de los guías celtas, que se suponían aliados de Roma, por lo que emboscaron a los emboscadores y cayeron sobre ellos por sorpresa aplastándolos. La divina providencia quiso que, cuando los romanos se batían en retirada y los protogermánicos se disponían a tocar a degüello y aniquilar al enemigo en fuga (la práctica habitual en tales fastos) se desatase una tormenta eléctrica que fue interpretada por los bárbaros como señal de descontento de sus dioses, a quienes temían más que a los romanos, por lo que permitieron a los vencidos retirarse hacia la península itálica. Cneo Papirio perdió el título de cónsul, aunque tuvo la suerte de no acabar en el exilio, como solía ocurrir a los comandantes derrotados.



Migraciones de los cimbrios a través de Europa



Las tribus cimbrias cruzando el río Rin. (Autor desconocido)

LA BATALLA DE ARAUSIO

Animada por este éxito contra Roma, y tratando aún de localizar tierras donde asentarse, la Marcha Cimbria tomó rumbo a la Galia, donde en el año 107 a.C. la tribu de los tigurinos, que ahora marchaba junto a los cimbrios, logró otra victoria en la batalla de Burdigala (actual Burdeos) más por cobardía e ineptitud romana que por capacidades tigurinas.

La República romana, que empezaba a preocuparse por los 300.000 indocumentados que vagaban por sus supuestos dominios sembrando el terror con su incultura y malos modales, decidió poner fin a la situación enviando al mayor ejército movilizad por la República o el Imperio: 80.000 legionarios y unas tropas auxiliares compuestas por otros 40.000 individuos. A su mando colocaron al cónsul Cneo Malio Máximo, ayudado por el procónsul Quinto Servilio Cepio el Viejo (que probablemente había comprado el cargo con el oro de Tolosa, obtenido de la conquista de esa ciudad y que el procónsul se había quedado para sí mismo, acusando a las tribus celtas de la zona de haberlo robado). Ambos debían liderar el ejército en lo que se suponía iba a ser una fácil victoria sobre una horda de cavernícolas mugrientos y esperaban volver a Roma como salvadores de la patria.

Sin embargo, Cepio se resistió a obedecer a Malio (que era el primero de su familia en alcanzar un puesto notorio) al entenderse hidalgo de más alta cuna que aquel, por lo que tras una serie de altercados en los que sacaron a relucir temas como la limpieza de sangre, la longitud de sus árboles genealógicos y, finalmente, la virtud

de sus respectivas madres, la fuerza se dislocó en dos grupos que actuaban independientemente y cuyo principal interés no era derrotar a los cimbrios sino evitar que el otro grupo los derrotase primero. Así, ambos grupos se dirigieron por diferentes caminos hacia el Ródano, donde esperaban encontrarse con los cimbrios, lo que ocurrió finalmente en las cercanías de la actual ciudad de Orange, el 6 de octubre del año 105 a.C.

Mientras emisarios del Senado trataban de convencer a ambos comandantes para que uniesen sus fuerzas, que habían acampado a varios kilómetros de distancia y separados por el Ródano, Malio decidió enviar su caballería 55 kilómetros hacia el norte para presionar a los cimbrios, pero estos, al ver cómo los casi 5.000 jinetes acampaban perdiendo la movilidad (la baza de la caballería) y permaneciendo además sin cobertura por la lejanía del grueso de su ejército, optaron por caer sobre ellos y los aniquilaron por completo además de capturar a su orgulloso líder, Marco Aurelio Escauro, otro patricio de alta cuna que, para perplejidad de los cimbrios, insistía en exigir su rendición aun tras haber sido derrotado, amenazándoles con toda suerte de males si no le obedecían. Los bárbaros, que no destacaban precisamente por su paciencia, optaron por quemarlo vivo en una cesta de mimbre.

Malio comenzó entonces una muy oportuna ronda de negociaciones con los cimbrios, pero Cepio, temeroso de que Malio consiguiese el éxito a través de la diplomacia, lanzó un improvisado ataque unilateral con el grueso de sus tropas que, debido a la precipitación, acabó en desastre. La fuerza atacante resultó aniquilada y el grupo de Cepio se perdió por completo.

Boiorix, que a estas alturas no debía de tener un gran concepto de la tan manida disciplina del ejército romano, intuyó la desmoralización que la derrota de Cepio debía de haber causado en las tropas de Malio y trató de aprovecharla lanzando un ataque por sorpresa a este último, quien al no contar ya con caballería se vio desbordado y atrapado entre los cimbrios y el Ródano, y fue aplastado por los primeros y sumergido en el segundo.

En el bando romano apenas hubo 200 supervivientes, incluyendo entre ellos a Cepio y a Malio, que esta vez sí optaron por unir sus



Batalla de Teutoburgo o el desastre de Varo, por Otto Albert Koch (1909)

fuerzas para lograr una poco triunfal vuelta a Roma tras protagonizar la mayor derrota sufrida por la República o el Imperio en su historia. Ambos fueron deshonrados y perdieron sus cargos, y Cepio además fue condenado al exilio.

REORGANIZACIÓN ROMANA

Cuando los romanos veían ya su capital arrasada, los bárbaros les sorprendieron al decidir no entrar en la península itálica. En su lugar, y debido a los problemas logísticos derivados de su éxito (el grupo era cada vez más numeroso y resultaba difícil de mandar, organizar y alimentar), optaron por dividirse en dos bloques, de modo que marcharon los cimbrios hacia Hispania y los teutones hacia el norte de la Galia.

El Senado, en situación desesperada, reaccionó nombrando cónsul (de forma ilegal) a Cayo Mario e investíéndole *imperator* (comandante supremo de las Fuerzas Armadas), lo que le otorgaba poderes sin precedentes en la República. Mario, un experimentado jefe militar veterano de la guerra de Yugurta, bloqueó los pasos de los Alpes, estudió el terreno y ocupó las mejores posiciones en espera de acontecimientos.

Mientras cimbrios y teutones perdían tres años en incursiones por Hispania y la Galia (al menos, Boiorix aprovechó para aprender latín) Mario se dedicó a reformar profundamente el ejército romano reorganizando su estructura, mejorando su armamento y reclutando gentes de toda condición (no solo nobles y ciudadanos acomodados, como era costumbre) para someterlos a una dura instrucción con el objetivo específico de aprovechar los puntos débiles de los bárbaros.

Tras sus exitosas incursiones, los cimbrios y los teutones, que debían de tener ya un concepto bastante negativo del poder romano, decidieron finalmente probar suerte en la península itálica, para lo cual (dado el buen resultado que les había dado dividir la fuerza) acordaron dirigirse por tres rutas diferentes hacia Roma: Teutobod, que acababa de saquear Marsella con teutones y ambrones, entraría por el oeste; Boiorix con sus cimbrios entraría por el norte cruzando los Alpes por el paso de Verona; y los tigurinos, con los queruscos y los marcómanos, entrarían por el este (por el paso del Tergeste). Cayo Mario, conocedor de las intenciones del enemigo, envió un ejército al mando del procónsul Quinto Lutacio Cátulo César para interceptar a los cimbrios mientras él, personalmente, se ocupaba de los teutones. La idea era vencer a ambas tribus por separado pero a la vez y luego unificar fuerzas para acabar con el tercer grupo de bárbaros.

LA VENGANZA ROMANA

Cayo Mario, que contaba con espías de habla celta infiltrados entre sus enemigos, esperó la llegada de las fuerzas de Teutobod en una posición dominante junto al paso oeste de los Alpes en Aquae Sextiae (actual Aix-en-Provence), donde en el año 102 a.C. se libró la batalla del mismo nombre.

La posición táctica del ejército romano era inmejorable, lo que obligaba a los bárbaros a cargar cuesta arriba. Esto, sumado al error de los ambrones, que iban en vanguardia y atacaron sin esperar apoyo, provocó que fueran diezmados y hubieran de retroceder en espera de refuerzos. Mario, que había previsto esta contingencia, mantenía oculto en las colinas cercanas un selecto grupo de legionarios que, iniciada la batalla, salieron a campo abierto y atacaron la retaguardia teutona arruinándoles el día. Los romanos (únicas



El jefe Breno y su parte del botín, por Paul Jamin (1893)

fuentes primarias existentes) hablaron de 100.000 bajas entre teutones y ambrones y 80.000 prisioneros, entre ellos el propio Teutobod, que fue llevado a Roma y ejecutado.

Tras la aplastante victoria romana, el grupo conformado por tigurinos, queruscos y marcómanos decidió reorientar su carrera laboral y volvieron a sus lugares de origen, por lo que el exultante

Senado ofreció a Mario regresar para colmarle de honores. Mario, que tenía preocupaciones más acuciantes, declinó la oferta para preparar el embate de las fuerzas de Boiorix adecuadamente.

Por otra parte, Cátulo no solo había sido incapaz de contener a los cimbrios (resulta comprensible si se considera que solo contaba con 10.000 hombres frente a 200.000), sino que ni siquiera estaba ya al mando de su fuerza. La pésima ubicación que eligió para su campamento, con evidente riesgo de ser masacrados por el enemigo, fue usada por Lucio Cornelio Sila como pretexto para provocar un motín y relevarle, tras lo cual ordenó un repliegue.

Cuando las fuerzas de Mario se unieron a las de Sila los cimbrios ya habían cruzado los Alpes pero, por suerte para los romanos, Boiorix, que no era precisamente Alejandro Magno, en lugar de buscar y liquidar la pequeña fuerza de Sila para obtener cierta ventaja en futuros enfrentamientos se había empleado en saquear la rica Galia cisalpina.

El rey de los cimbrios, que ignoraba tanto la derrota de los teutones como la desertión de los tigurinos, se dirigió a Mario para solicitarle unas tierras donde asentarse, especificando que en caso de no serle concedidas no le quedaría sino unirse a Teutobod para tomarlas por la fuerza. Mario le contestó que «a vuestros hermanos teutones ya les hemos dado tierra», por lo que Boiorix, de acuerdo con sus costumbres, ofreció a Mario que eligiese fecha y lugar para enfrentar sus fuerzas. Así dio comienzo la batalla de Vercelae,



La batalla contra los cimbrios, obra de Carl Rahl



El triunfo de Cayo Mario sobre los cimbrios, por Francesco Saverio Altamura

que tuvo lugar el 30 de julio del año 101 a.C. en la llanura de Raudine, sitio escogido por Mario por las ventajas que ofrecía a su caballería.

Esta vez la batalla dejó patente la superioridad romana en todos los sentidos. Las fuerzas cimbrias (que, recordemos, incluían a prácticamente toda la tribu, incluyendo no combatientes) triplicaban a las romanas y luchaban con el valor que da hacerlo para salvar la vida, pero sus oleadas chocaron contra el muro formado por los escudos y armaduras romanos, que mantenían la integridad de su formación al tiempo que acuchillaban a los desprotegidos bárbaros a través de los pequeños huecos que se abrían entre los escudos, lo que convirtió el lance en una carnicería en la que murieron más de 80.000 cimbrios y las pérdidas romanas fueron casi testimoniales.

Boiorix y su lugarteniente Lugius murieron en la batalla y cuando la derrota ya era inminente gran parte de las mujeres cimbrias optaron por el suicidio (igual que las mujeres teutonas tras la derrota de Aquae Sextiae) y mataron antes a sus hijos. Los escasos supervivientes fueron esclavizados.

CONSECUENCIAS, ANÁLISIS Y VALORES MILITARES

Tras estas victorias Cayo Mario fue nombrado tercer fundador de Roma y alcanzó una fama sin precedentes; llegó a ser reelegido cónsul siete veces (algo inaudito en la historia de la República), y eso a pesar de que desobedeció al Senado al

conceder la ciudadanía a todas las legiones itálicas, lo que supuso una mayor profesionalización del ejército romano e inauguró una tendencia por la que los ejércitos mostraban más fidelidad a sus generales que al Gobierno de la República.

La desobediencia de Mario fue la primera piedra en la construcción de lo que finalmente sería el Imperio romano, pues el culto a la personalidad de algunos militares llevó a una pérdida de competencias del Senado y, con ello, a la caída de la República a favor de una forma de gobierno más personalista, el Imperio, que nació en el año 27 a.C. con la concesión al general Octavio del título de *imperator Cesar Augusto*.

Las consecuencias de la guerra Cimbria trascendieron las fronteras romanas: al este del Rin llegaron noticias de las derrotas del «invulnerable» ejército romano que, pese a su victoria final, sirvieron de acicate a futuras revueltas, y tuvo especial transcendencia la victoria de Arminio frente a Varo en la batalla del bosque de Teutoburgo, en el año 9 d.C., que hizo finalmente desistir a los romanos de absorber y romanizar a los pueblos germánicos y marcó en dicho río una frontera cultural entre latinos y germánicos que aún persiste.

Analizando las sorprendentes derrotas romanas en Noreya, Burdigala y Arausio se observa cómo los caudillos romanos, en su mayoría políticos sin formación militar, en lugar de buscar un acuerdo que sirviese a los intereses de la República (es posible que Boiorix y Teutobod hubiesen aceptado

convertirse en clientes y aliados de Roma a cambio de unas tierras donde asentarse) pretendieron utilizarlos, con la falta de escrúpulos característica de los políticos romanos, para conseguir lo que consideraron una victoria fácil que les colmase de honores, fallando además en la estimación de las capacidades del enemigo, que actuaba con una coordinación muy superior a la esperada tras haber sido capaz de organizarse a pesar de las diferentes costumbres de cada tribu. Esta búsqueda de la gloria personal pudo servir para desmotivar a sus tropas, que no debían de tener mucho interés en perder la vida luchando en una tierra extraña con el único objetivo de conseguir una corona de laureles para su comandante. Así, cuando el objetivo pasó a ser conservar la propia vida, ya era demasiado tarde para hacer algo productivo.

Una vez Cayo Mario alcanzó el mando, los líderes protogermánicos cayeron en el error de considerar a todos los ejércitos romanos igualmente ineptos y abandonaron la cautela inicial (que les hizo desistir de atacar Roma) para entrar en la península itálica y enfrentarse a un enemigo que había usado la inteligencia militar para conocer sus planes y capacidades, y pudo aprovechar el tiempo disponible para adaptarse y, explotando las carencias de los germanos, aniquilarlos sin compasión. Siempre serán importantes virtudes militares el valor (aunque a veces puede confundirse con la desesperación), el entusiasmo y la tenacidad (voluntad de vencer) mostradas por las huestes de Boiorix y Teutobod, pero a la larga resultaron más eficaces la disciplina, la capacidad organizativa, la información y la prudencia de Mario, especialmente al disponer de un armamento y equipo romano superior al del enemigo, lo que le hizo innecesario sufrir los riesgos aparejados a veces a un «exceso» de valentía.

BIBLIOGRAFÍA

- Plutarco: Βίοι Παράλληλοι. Finales del siglo 1 d.C.
- Maris, L. y Fluuiorum, R.: *Geographica Orbis Notitia*. 1648.
- Gotthelfi Struvii, B.: *Corpus Historiae Germanicae*. 1730.
- Mommsen, T.: *Historia de Roma*. Libro IV, Capítulo 5.º «Los pueblos del norte». 1855.
- Guerra Cimbria (n.d.). En Wikipedia. Recuperado el 1 de enero de 2017, de https://es.wikipedia.org/wiki/Guerra_cimbria ■

